



CRONICA DE SALAMANCA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

SALMANTINOS CÉLEBRES.

DON JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

ARTÍCULO II.

En la biografía de D. José Iglesias de la Casa, que publicamos en el número 5° del tomo III de la Revista de la *Crónica*, hicimos mencion de un folleto publicado por D. Francisco de Tojar, en defensa de las poesias póstumas de nuestro autor; vanas fueron nuestras diligencias para hacernos con el referido escrito, pero hoy podemos dar circunstanciadas noticias de él, gracias á la franca galanteria de nuestro distinguido amigo y colaborador Dr. D. Ramon Losada, pariente del poeta, que nos ha facilitado un ejemplar que perteneció al Presbitero D. Arcadio Iglesias, sobrino del escritor objeto de nuestras investigaciones. Titúlase el mencionado folleto: *Memorial en defensa de las poesias póstumas de D. José Iglesias de la Casa, presbítero; dirigido al Santo Tribunal de Valladolid, por D. Francisco de Tojar. Año de 1803.* Está impreso por el mismo, con las licencias necesarias y consta de 21 hojas, en folio menor. Tojar comienza manifestando que el 24 de Mayo del expresado año, se le notificó por el Sr.

Tomo III.—NUMERO 15.

15 DE ENERO,

Lectoral de esta Iglesia de Salamanca, de orden del Santo tribunal de Valladolid, suspendiese la 3.^a edicion, que anunciaba en el prólogo de la 2.^a, de las poesias de Iglesias, y se le preguntaba quién era el dueño y editor de ellas. Por esta causa, Tojar presentó el escrito con que comienza el folleto, manifestando ser él el dueño y editor de las poesias, y pidiendo al mismo tiempo al Tribunal la aprobacion para publicarlas con las correcciones que este hiciese, y expresó que no habia dado principio á la nueva edicion por estar solicitando en el Supremo Consejo de Castilla el privilegio esclusivo para que otros no las pudiesen reimprimir como lo habian intentado. En vista de este escrito fechado el 31 de Mayo de 1803, fué llamado Tojar el 17 de Julio por el Sr. Lectoral para decirle de orden del Tribunal, que este habia tenido á bien darle vista de las tres censuras que se habian hecho de las poesias de Iglesias. La última de ellas está fechada en Madrid á 28 de Abril de 1802, las otras carecen de esta circunstancia y en todas se halla omitida la firma del respectivo censor, sin que ninguna se distinga por lo atinado de la crítica, patentizándose en ellas ser sus autores agenos ó completamente extraños á los estudios literarios, por mas que solo les incumbiese considerarlas bajo el aspecto moral. Haremos un brevisimo extracto de las tres.

En la primera despues de decir el censor que *ha leído y releído* las poesias de *D. Pedro Iglesias de la Casa*, las calificó de torpes y obscenas, no solo las satíricas sino aun las puramente amatorias, hallando en ellas, además de estas faltas la de gentilismo por sus alusiones mitológicas, y á unas las llama lascivas, á otras vinosas y venenosas á todas; y concluye citando dos reglas de Natal Alejandro y *algo de lo mucho que trae en su confirmacion*, lib. IV. Theolog. dogmat. cap. VIII, art. II. El segundo censor dice que no halla en ellas ninguna proposicion contra los dogmas de nuestra sagrada Religion; pero sí contra las buenas costumbres, y que podrian volverse á imprimir entresacando todo lo que

se halle en este caso, por lo que juzga la obra comprendida en las reglas VII y XVI del Expurgatorio. Finalmente el tercer censor concede que es lícito tratar materias de amor (el primero las tiene por obscenas); pero no como lo hace Iglesias, quien deja á otro la gloria de versificar sobre otros asuntos, puesto que *el es muerto por cantar los chistes de sus muchachas*; y en otras poesias dice que *se deja ver claramente que el autor tiene entre cejas* ciertas personas, ciertos cuerpos, ciertos estados sobre los que descarga su saña. Por estas causas y atendida la índole de la obra la considera harto peligrosa.

A esto principalmente se reducen las censuras; y no deja de fijar nuestra atencion que el autor de la primera llame á Iglesias *D. Pedro*, despues de haberle *leído y releído*. ¿Seria tal vez quien promoviese este asunto y para evitar toda nota de parcialidad equivocase exprofeso el nombre, queriendo dar á entender con ello que no le movia pasion alguna personal al trazar la acerba censura que hizo de las poesias de un autor que le era completamente desconocido, puesto que así confundia su nombre? Cualquiera que lea original la primera censura se convencerá de la pasion que mueve la pluma de su autor. Por otra parte causa verdadera sorpresa que el tribunal dejara pasar sin oponer obstáculo alguno la primera edicion de 1795 que contenia casi todas las poesias satiricas, pues apenas hay nada aumentado de este género en la segunda edicion de 1798, que fué agotada antes de que nada se advirtiese al editor, esto es, durante cinco años ó sea hasta 1803, en que se le mandò suspender la tercera edicion anunciada en la segunda. ¿Cómo se dejó pasar tanto tiempo entre el anuncio y la órden de suspension de un libro que á juzgar por la censura era tan pernicioso? Se nos dirá que de haber suscitado la prohibicion un émulo de Iglesias no hubiera dejado pasar tantos años, pero quién nos asegura que durante ese tiempo no trabajase para conseguirlo aunque sin resultado alguno por entonces?

A los escritos de censura sigue el de defensa, con que termina el folleto, y del que copiamos los siguientes párrafos:

«No están de acuerdo los censores en calificar las *poesías póstumas* del presbítero Iglesias. Para el uno, no solamente hay en todas ellas torpeza, lascivia y obscenidad, sino también en el primer tomo cosas contra la fé: el otro confiesa claramente que nada ha encontrado en ellas que se oponga á los dogmas de nuestra sagrada Religion; y el tercero limita su censura al segundo tomo, que contiene las poesías del género epigramático.

En defensa del autor nos haremos cargo de todos los reparos propuestos por los censores, satisfaciendo á cada uno de ellos con el orden y claridad posible, y perdonando aquellas injurias y ultrajes hechos á la buena memoria del difunto Iglesias, pues conocemos que no los ha producido la malicia sino el celo de la religion, aunque falso é indiscreto.

Convengamos en que las *Poesías Pòstumas* no son un libro de oracion y meditacion, ni del orden de las que compuso despues. Pero aunque seria lo mejor tener al hombre siempre ocupado en la contemplacion de objetos santos, no lo permite la condicion humana, ni esta sola es bastante causa para prohibir los libros que tratan de otros asuntos. Tampoco basta que un libro contenga materias que se tienen por jocosas y picantes, que hable por ejemplo, de la pasion del amor, de los celos, de la paciencia, de los maridos etc. Es necesario que enseñe, que dogmatice. Por esta razon se han prohibido tantas comedias y novelas, en que se ve un sistema ordenado y seguido donde se aprende el vicio por principios; y por la misma razon se permiten ó toleran muchos libros de agradable pasatiempo, especialmente de poesía en que nada malo se enseña, en que el ánimo del autor no es dogmatizar; y en que sin embargo, se encuentra alguna expresion poco decente; pero que no deja impresion alguna despues de su lectura. Y he aquí

tambien la razon por que el Santo Concilio de Trento, como consta en la regla 7.^a del Expurgatorio citado en las censuras, prohíbe solamente aquellos libros, en que de *propósito* se cuentan, tratan y enseñan materias lascivas y obscenas.

Sobre todo están muy lejos de incurrir en semejante censura las obras y tratados que pintan las pasiones y el vicio con los colores mas negros, que esponen sus fatales consecuencias, y en una palabra, en que el autor se propone el fin moral de corregir satirizando.

En esta inteligencia, no hizo Iglesias mas que usar, y con no poca parsimonia, del privilegio que tiene la *Sátira*, no solo de retratar al vivo los abusos, resabios y extravagancias de los hombres; sino de cargar tambien la mano en la pintura del vicio, para que resalte su fealdad. Ridiculizar: éste es el principal objeto de la *Sátira*: para ello no usa de otras armas que la fina ironía, las burlas y donaires, y en los casos estremos la invectiva eficaz y acre, segun que convenga dibujar el vicio, mas como odioso que como ridículo. Los principios de este ramo utilísimo de poesia estriban en el íntimo conocimiento del corazon humano.

Despues de manifestar que el género satírico ha sido cultivado siempre, pasa á justificar el decoro y parsimonia que brilla en Iglesias, y dice que todos ó la mayor parte de los poetas satíricos castellanos que le han precedido han usado mucha mas desenvoltura y libertad que él; y para comprobarlo copia versos del Arcipreste de Hita, de Quevedo, Góngora, Argensola y los Romanceros.

Cita á continuacion un pasage del Profeta Ezequiel, cap. XXII, donde en estilo enérgico se espresan los desórdenes de la carne y las abominaciones de los pecadores. Rebate despues las principales objeciones que se hacen á las poesias; y respecto á la inculpacion del censor tercero sobre tener Iglesias animadversion á ciertos cuerpos dice: Un cargo semejante se convence de injusto con la simple lec-

tura de los lugares citados (varias estrofas de las letrillas), y de todas las poesías de Iglesias; y esta es una justicia que V. S. I. no me podrá negar. De ella resultará sin género de duda la sinrazon con que se le censura y la pureza de intencion de Iglesias, y ciertamente de otro modo y por los principios de los censores no habria libro ni autor en que se dijese algo contra la filosofia peripatética, contra el abuso del escolasticismo y el descuido ó desorden en que estuvieron antes nuestros estudios y Universidades, que no pudiese ser tachado de mordacidad; y los primeros y mas fuertes de los escritos mordaces (permitanos V. S. I. este desahogo) serian los planes de reforma de dichas Universidades, en que se hallan enunciados con la mayor claridad sus antiguos defectos. En las sátiras de Iglesias no se reprende otra cosa que los abusos introducidos en las escuelas; y así es que las dos veces que han sido censuradas sus poesias para su publicacion, lo han sido por dos doctores y catedráticos de Cánones y Leyes de esta Real Universidad; los únicos que podia ofenderse de los chistes de Iglesias, porque habla con ellos señaladamente en la última letrilla citada. (*Es la XLIII estrofa 1.^a*).

Dice respecto al cargo de gentilismo que le hacen por sus alusiones mitológicas, que el mismo pudiera hacerse al Tasso, Camoes, Fenelon, Quevedo, Sannazaro y otros, aun cuando tratasen asuntos religiosos; y que incurren en error gravísimo los censores al confundir las voces amatorio y obsceno, que para ellos son sinónimas, siendo en realidad tan diferentes. Y concluye el autor de la defensa alegando en comprobacion de la acendrada piedad de Iglesias no solo los curatos que desempeñó, siendo el primero el del Guijuelo que rijió por cinco meses, sino las numerosas poesias sagradas que escribió, diciendo que parafraseó todos los salmos de David, que compuso officios en lengua castellana para todas las festividades del Señor, la Virgen, los Apóstoles y para las demás fiestas principales del año, forman-

do una *Lira sagrada*, superior á la de los *Leones*, *Rebollo-dos y otros*, y que en ella siguiendo el autor la norma de la Iglesia en sus horas canónicas, adoptando muchos de sus himnos y antífonas, y poniendo otras de suyo, ha hecho una obra única en su línea, y un *Rezo eclesiástico con mas de mil himnos*, en que todo respira unción y la mas sólida piedad, y del cual se *formarán siete tomos en octavo*, que se están ya imprimiendo, cuya prueba se presenta á V. S. I. en los oficios al Criador y á nuestra Señora, impresos separadamente junto con el poema de la *Teología*, y las elegias ó Llanto de Zaragoza.»

Estas elegias las escribió Iglesias siendo estudiante, con motivo del incendio del teatro de aquella ciudad, y aun creemos que las imprimió entonces. No tenemos noticia que llegasen á publicarse los himnos anteriormente citados; tal vez el editor suspenderia la impresion disgustado con los entorpecimientos que le ocasionaria la denuncia de las poesías póstumas, y que despues no podria llevar á cabo á causa de los sucesos de la gloriosa guerra de la Independencia; época en que la atencion de los españoles todos se dirigia, como era preciso, mas á las armas que á las letras.

Ignoramos si Tojar mismo escribió este folleto, aunque nos inclinamos á juzgarlo obra de agena pluma; pues supone algunos conocimientos literarios que no es probable reuniese el editor de las obras del poeta; pero sea quien fuere el autor de esta defensa no parece que obtuvo resultado alguno, si es cierto como dice Ticknor, que las poesías fueron prohibidas en el indice expurgatorio de 1805.

Para concluir diremos que en la historia de nuestra literatura y principalmente en la de la escuela salmantina á que pertenece Iglesias, podemos considerarle como uno de los escritores en que casi sin alteracion se conserva el espíritu y tradiciones de los poetas que le precedieron, y como uno de los últimos y mas celosos guardadores de la pureza de la lengua castellana; pues en sus obras brilla siempre lim-

pia de estrañas voces y giros, con que despues y casi siempre sin razon, se ha enturbiado su caudal, y muchas veces empobrecido, creyendo tal vez enriquecerle. Entre los poetas de la misma escuela iguales caracteres se observan en Fr. Diego Gonzalez, nimio imitador del estilo de Fr. Luis de Leon, pero nunca de su alto vuelo, pues no era posible. Y además de los dos mencionados escritores figura como modelo de correccion y acendrada pureza D. Juan Nicasio Gallego, aunque con mas altas miras, mayores alientos y diferente espíritu. No es nuestro objeto hacer ahora el análisis de los poetas salmantinos, ni aun á grandes rasgos como hoy se dice, pero si indicaremos que si hubiesen sido tan castizos como los citados todos los escritores de nuestra escuela, no merecerian algunos de ellos la nota de *galo-sentimentales* (porque tambien afectaron y exageraron el sentimiento), que les dió un adusto crítico; ni Moratin, para comprobarlo, hubiera hallado dónde copiar frases, giros y versos enteros de Melendez, Cienfuegos y Quintana. en su epístola titulada: *La moderna gerigonza*; donde traspasó visiblemente los límites de lo justo, como siempre acontece cuando se ponen los ojos mas en las personas que en los objetos que se han de juzgar.

MANUEL VILLAR Y MACIAS.

DISCURSO

LEIDO ANTE

LA REAL ACADEMIA DE NOBLES ARTES DE SAN FERNANDO.

en la recepcion pública

DE D. NICOLAS GATO DE LEMA.

SEÑORES:

En este dia, para mi tan solemne, cuando llego sin méritos al santuario de las artes, para recibir las nobles insignias que me ha otorgado

vuestra benevolencia, siento por la primera vez en mi vida carecer de las altas dotes de erudición y elocuencia que subliman á los ingenios mas afortunados, para mostrarme agradecido á vuestros favores. Mas como no es dado al hombre cambiar su manera de ser, ni alterar en un momento los hábitos de toda su vida, harto comprenderéis, Señores, que no puede expresarse con facilidad y elegancia por medio de la pluma el que solo está acostumbrado á hacerlo modestamente por medio del pincel. Humilde será por tanto la ofrenda que os presente, al cumplir el primero de los deberes que me impone la alta honra que me habeis dispensado; si bien me anima la consoladora esperanza de que os ha de parecer aceptable, porque la indulgencia ha sido siempre compañera del verdadero saber:

Si á este solo atendiera, Señores, fuérame en verdad muy difícil hallar asunto á propósito para este discurso. Porque ¿sobre qué puntos del arte ó de su historia necesitaréis vosotros ser ilustrados? Ni ¿qué pudiera yo decir aquí, donde se reúnen tantas eminencias artísticas y literarias, que tuviese para vosotros novedad ó interés alguno? En la seguridad, pues, de que todo os es igualmente conocido, no habria para mi preferencia en la eleccion del asunto. Hay uno, sin embargo, que por la índole de mis pobres estudios, exige de mi particular predilección; no pudiendo causaros maravilla que en ocasion tan solemne procure tambien fijar en él mis inciertas miradas. Aludo, Señores, al *paisaje*: á eseramo de la pintura que tiene á su cargo reproducir las mas bellas escenas de la naturaleza, y que han elevado á tanta altura los artistas modernos. Hablaré, pues, del paisaje, considerándolo en su importancia, en sus aplicaciones, y sobre todo en el gran desarrollo que ha alcanzado en nuestros dias.

En el asunto de que voy á hablaros, la historia no nos suministra abundantes noticias; ofrécenos, sin embargo, iluminada por la antorcha de la filosofía, algunos vestigios, por donde podemos descubrir sus remotos orígenes, reconociendo en la índole especial de la cultura de cada pueblo las razones fundamentales que se oponen á la existencia del paisaje, ó impulsan su natural desarrollo. No busqueis, Señores, esta manera de pintura en la India ni en el Egipto, cuna y primera morada de la antigua civilización del mundo. Allí donde la naturaleza no alcanza á despertar la contemplación de sus innumerables bellezas; donde domina en toda idea religiosa y moral, como en toda obra artística, la representación simbólica de las fuerzas de la Divinidad y de la creación, allí la naturaleza inanimada desaparece ante la divinización absurda y grosera de la naturaleza animal: degenerada ya la primitiva idea del símbolo, no es posible ni aun la iniciación del sentimiento dulce y apacible que lleva al hombre á gozar del espectáculo de la naturaleza, de la cual viene á ser al propio tiempo admirador y rey.

Grecia, á esa nacion civilizadora que trasformó todas las ideas de la India y del Egipto para convertirlas en universal provecho de la humanidad, la imitacion de que me propongo hablaros. Grecia, á diferencia de la India y del Egipto, diviniza al hombre elevándolo hasta el cielo: la forma humana fué, en consecuencia, el bello ideal que debió idealizar, y que idealizó en efecto el arte de los griegos. Por todo esto se explica que desde que Apolodero abrió el gran libro de la pintura, y continuaron sus páginas Zéusis de Heraclea, su rival Parrasio, y sus dignos émulos, Timanto de Sámos y Apéles de Cos, hasta algun tiempo despues, no nos ofrezca el paisaje brillantes muestras del talento de estos grandes ingenios. Estudiaban en cambio tan insignes artistas al hombre, idealizándolo en la representacion de los dioses, semidioses y héroes, tarea tan principal en los orígenes del arte, que solo cuando empieza á decaer aquella envidiada cultura, llega á ser objeto de sus trabajos la representacion de los hechos memorables.

Fué, pues, el paisaje casi desconocido en la antigüedad griega; mas no sucedió lo mismo en la romana, donde, no solo Plinio nos habla de los frescos ejecutados por Ludio, pintor del tiempo de Augusto (1), sino que el nunca bien ponderado Vitruvio, cuyo precioso libro *De Architectura* sirve hoy á los arqueólogos de guia y catecismo para penetrar en los secretos de la antigüedad, nos dejó tambien indudable testimonio de que no habia sido el paisaje extraño á la civilizacion romana. Cuando este insigne escritor, á quien la erudicion moderna ha colocado con harto fundamento entre los clásicos latinos, trata *De ratione pinguendi parietis*, decia «*Pinguntur enim portus, promontorea, littora, flumina, fontes, euripi fana, luci, montes, pecora, pastores, etc.* (2);» donde claramente se manifiestan los esfuerzos hechos por las artes romanas en el cultivo del paisaje. Y así debia suceder forzosamente; porque cuando, abrumados bajo el peso de su grandeza, ó cansados mas bien y hartos ya de aquella dominacion que los habia hecho señores del mundo, salian los romanos de la ciudad eterna para buscar en la vida del campo el esparcimiento que no podia encontrar en el foro ni en el campo de Marte, sólo en sus mangíficas y apacibles quintas de Pompeya y de Herculano, de Benevento y de Túsculo, hallaban el ambicionado solaz que anhelaba su espíritu, recitando los inmortales versos de Virgilio. Las *Geórgicas* del canto de Enéas, y los frescos milagrosamente conservados bajo la destructora lava del Vesubio, pregonan al par con las frecuentes alusiones de Ciceron y de Columela, hasta dónde llegó el singular empeño con que manifestó la pintura romana su predileccion á la naturaleza, proban-

(1) Guevara, Com. de la pintura, pág. 48.

(2) Lib. VII, cap. VI.

do así que, aun bajo este punto de vista, debía ser considerada aquella civilización como inequívoco preludio del nuevo reino anunciado por los profetas, las sibilas y los vates gentiles.

Cuando el cristianismo vino á comunicar al mundo ese espíritu civilizador que infundió á cuanto existía en derredor suyo, y adonde quiera que llegaron el aroma de su fragancia exquisita y los resplandores de su luz clarísima, sintieron las artes este soplo vivificador de nueva vida, y muy especialmente la pintura. Entónces, sucediendo al reinado de la materia el del espíritu, se ofreció al arte una esfera inmensa en que ejercitar su actividad. Pero precisamente la religion, que fué causa de este desarrollo, fué tambien el objeto á que se consagraron las artes, como nos lo enseña la arquitectura en esos grandiosos monumentos, encargados de transmitir á las edades venideras las grandes creaciones de la fe y la pintura en las obras más importantes que de aquellos tiempos nos han quedado. Por eso el paisaje no alcanzó grande importancia en esa época, en que la representación de Dios, de sus santos y de los grandes hechos del cristianismo era objeto de las imperfectas obras del arte. Mas si no le fué dado lograr entónces cumplido desarrollo, como no lo tuvieron tampoco las letras ni las ciencias; vista la naturaleza bajo todas sus relaciones como obra del Criador, y recobrada por el hombre la corona de que le habian despojado su prevaricación y soberbia, era imposible que dejase de interesar al ánimo el vario espectáculo de su ruda grandeza en la contemplación de la vida solitaria, y aun en las mismas escenas que simbolizan los altos misterios del dogma. Las representaciones del sangriento drama del *Calvario*, de la *Aparición del Salvador á la Magdalena*, de la *Oración de Jesus en el monte de las Olivas*, del *Milagro del Pan y los Peces*, y de otros muchos pasajes de la vida de Jesucristo y de los apóstoles, ofrecieron una y otra vez á los artistas de la edad media oportuna ocasión de ensayar aquel linaje de pintura, dándonos por otra parte una triste idea del lastimoso estado á que habia descendido el noble arte que debía recibir nuevo aliento de manos de un Giotto y de un Cimabúe, de un Ghirlandajo y de un Perugino. Numerosos son en verdad los monumentos que atestiguan lo que intentó ser el paisaje en la edad media. La biblioteca del Escorial guarda notabilísimos códices, tales como el nunca bien ponderado de las *Cántigas del Rey Sabio*, y el del *Apocalipsi de S. Juan Evangelista*, donde nos es dado formalizar su estudio. El arte ha vuelto á su primera cuna: los términos, los tonos, las proporciones, los efectos de la luz, todo es allí desconocido; pero en cambio todo está hecho con admirable esmero; todo revela el grande amor con que se contempla é imita la naturaleza; todo en su exagerada nimiedad está manifestando al verdadero filósofo que encuentran allí reconcentrada, en la aspiración y en la idea, la vida futura del paisaje, y to-

do, en fin, nos muestra que, léjos de ser antipática ó repunante á la civilizacion cristiana la representacion de la naturaleza, la admitia y prohiaba en toda ocasion, preparando el gran desarrollo que iba á obtener la pintura del paisaje en los tiempos modernos.

Comenzó á recogerse este fruto al asomar el siglo xvi. Ya hácia el fin del xv se habian hecho, como queda indicado, algunos ensayos felices. Perugino lo empleaba en sus composiciones religiosas, y poco despues seguian su ejemplo con fortuna Leonardo de Vinci, Rafael de Urbino, Ticiano Vecelli y Anibal Caracci, que fueron sin duda alguna eminentes paisajistas en muchas de sus inmortales creaciones. Pero el apogeo del arte en este interesante ramo y en la época á que nos referimos, estaba reservado al Poussino y á Claudio Gelée, de los cuales el primero procuró legar á la posteridad el profundo estudio que habia hecho de la arquitectura griega y romana: de modo, que sus paisajes pueden llamarse histórico monumentales, porque rara vez dejó de enriquecerlos con los preciados tesoros que la antigüedad le dió á manos llenas.

Séanos permitido á los que desde léjos y en muy humilde esfera ambicionamos seguir las huellas de tan grandes maestros, tributar aquí el homenaje de nuestra admiracion á estos nombres ilustres, y saludar con respeto á la dichosa ciudad de Lorena, que en su quinta de Chamagne vió nacer al hombre que con su privilegiado ingenio y su indisputable talento habia de inaugurar una nueva era para el paisaje, y señalar á los amantes de este género del arte el camino por donde habian de dirigirse en busca de la verdad y de la belleza. Porque ¿quién ha sabido apoderarse como él de esas fantasticas y dudosas tintas con que haña la tierra el astro de la mañana, al derramar en ella sus primeros resplandores; ó retratar esas campiñas inundadas por torrentes de claridad en la mitad del dia, ó esa indecisa y melancólica luz con que la noche anuncia su venida á la caida de las serenas y apacibles tardes del otoño?

Imposible parece, Señores, que á este eminente artista, y á los que despues de él continuaron cultivando el paisaje con tan brillante éxito, sucediese luégo una época de tan dolorosa decadencia. ¡Contraste singular el que forman Poussino y Gelée en Francia, Dughet y Salyator Rosa en Italia, Rúbens, Van-Udeu (1) Wilders, Van-Artois, Hobema, Bril, Momper y Téniers en Flándes; Buisdael, Woawermans y Boht en Holanda; Agrícola en Alemania, y tantos otros grandes pintores, con los que despues de ellos hicieron descender el paisaje á una esfera, donde el mal gusto, la incorreccion y la absoluta falta de ingenio y de inspiracion artistica dominaron hasta el punto de hacerlo insoportable! ¿Quién no ha

(1) Rúbens se valió de este autor para que pintase fondos apaisados en muchas de sus obras.

visto más de una vez las pirámides y las bolas que quieren representar los árboles y sus copas, las monótomas perspectivas en que se coloca á esos mismos árboles perfectamente recortados, y esos fondos de pálido verdor, donde el espectador, no sólo no experimenta el sentimiento de lo bello, sino que repugna instintivamente aquella ráquitica representación, destinada á empobrecer y afear lo que es rico y hermoso en sí mismo, como lo es siempre la naturaleza bajo todos sus aspectos?

Pero este fenómeno, hijo de la decadencia en que se precipitan las artes y las letras desde mediados del siglo xvii, no tenía solamente lugar en las naciones extrañas. Cultivada la pintura en el suelo español con la fortuna que nos muestran las tablas de Vargas y Morales, Juan de Juanes y Pacheco, elevábase en manos de un Rivera y un Velazquez, de un Zurbarán y un Murillo, á su mayor altura, excitando la admiración y aún la envidia de los demás pueblos. Todos estos grandes artistas cultivaron el paisaje; en sus lienzos existían reunidos todos los géneros, así como en los dramas de Calderon existían en singular maridaje el apólogo y la oda, el epigrama y la sátira, reflejando el carácter de la civilización española. Grandes en todo, brillaron también Velazquez y Murillo como cultivadores de la pintura de paisaje; y en la inimitable *Rendición de Breda* (1), en la *Vista de la última fuente del Jardín de la Isla del Real Sitio de Aranjuez* (2), *San Antonio Abad*, y *San Pablo primer Ermitaño*, y en los retratos ecuestres del primero, que estudiamos y admiramos hoy en el Museo Real; en los celebérrimos *Medios puntos* del segundo, que posee esta docta Academia; en sus magníficos lienzos de los *Milagros de las Aguas y del Pan y los Peces*, que guarda cual joyas de alto precio la Caridad Sevillana, hallamos con profundo respeto y dulce placer vencidos todos los obstáculos, descifrados todos los misterios, y alcanzados los prodigios que debían realizarse con más decidida deliberación en el paisaje moderno. Conságranse á su estudio, y cultivando bajo las alas de aquellos grandes pintores, un Iriarte, un Mazo, un Collantes, un Antolinez y otros muchos ingenios de menor fuerza el paisaje, parece vivir en el suelo de la Península por algún tiempo con vida propia; pero llegado el fatal instante en que empieza á eclipsarse el astro de nuestro poderío, y con él la estrella de nuestras letras y de nuestras artes, oscurecese de pronto la luz que lo había iluminado, y por espacio de más de un siglo apenas ofrece el ingenio español muestra alguna digna de alabanza y capaz de recordar los prodigios de Velazquez y de Murillo.

Reservado estaba á la edad moderna dar nueva vida al paisaje, re-

(1) Por ser conocidísimos estos cuadros y los demás que se hallan en el Real Museo, no citamos el número respectivo que en el Catálogo los distingue.

(2) Trasládada hoy al paseo del Campo del Moro.

vistiéndole de los encantos que hoy admiramos en él, y elevándolo a un grado de perfección tal, como no habían conocido los tiempos anteriores. Bien puede asegurarse (porque los hechos dan testimonio de esta verdad) que al cabo de tantos siglos de existencia, la naturaleza no había sido retratada con la exactitud que lo es hoy día. Los paisajistas contemporáneos son, puede decirse así, los que han descubierto esos magníficos bosques, esas pintorescas llanuras, esos lagos serenos, esos horizontes remotos, hasta ahora ignorados para el arte por tantos siglos como cuenta el mundo. No parece sino que también la pintura ha buscado, como el hombre, en el espectáculo de la naturaleza el reposo de la agitada vida del mundo, y que descansa el espíritu, fatigado por sus grandes emociones, en las sencillas y tiernas escenas de la vida campestre.

La sociedad moderna contribuye con decidido empeño a impulsar este movimiento. La afición a decorar las habitaciones con paisajes, ya al fresco ó al temple, ya en lienzos de grandes ó de pequeñas dimensiones, crece cada día hasta el punto de que apenas se hallará una regularmente decorada, en que el paisaje no ocupe su lugar. No poco ha servido para generalizar esta afición el uso de las acuarelas, de los álbums (1), y hasta de las litografías, aplicado a este género de pintura. Es sobre todo notable el adelanto que se ha hecho en estos dibujos de pequeñas dimensiones. Antiguamente, es decir, desde el siglo VIII, exornaban los códices miniaturas pequeñas, hechas con la imperfección que es consiguiente al nacimiento de un arte tan difícil; hoy, un reducido lienzo, una pequeña acuarela, un simple dibujo pueden encerrar páginas llenas de filosofía y de sentimientos, que producen en el alma tan dulces y profundas emociones como un inmenso cuadro donde el artista despliegue gran lujo de composición.

Y, forzoso es confesarlo, Señores, esta predilección con que se mira al paisaje en la sociedad moderna, no es infundada; tiene su razón de ser, y una razón muy sólida y profunda, en la misma organización del hombre: porque al paso que son muy pocas las personas capaces de comprender todo el mérito histórico, filosófico y artístico de un gran cuadro de composición, en que á las veces el espectador pretende hallar imperfecciones y defectos donde no hay sino profundo estudio del asunto y exacta representación de sus detalles; todos están dispuestos a sentir las bellezas del paisaje, porque todos han sentido alguna vez, y recuerdan siempre con dulce afecto, las escenas de la vida campestre. Propio es en efecto de nuestra organización amar la naturaleza, y recrearnos con

(1) Los hay en Londres que cada uno de ellos forman una galería de los primeros artistas modernos, y encerrando en tan poco volumen tesoros de gran valor.

la vista de los árboles y de las flores, de los montes y de los valles, en cuya presencia respira el alma con esa expansión á que no le es dado entregarse en medio del tráfago mundanal y encerrada en el recinto de las ciudades.

Imaginad un asunto que sirva de materia á un paisaje, y cualquiera que él sea, si su ejecución es perfecta, la impresión que produce en el ánimo del espectador es siempre viva y profunda. Trasladaos con vuestra imaginación á un solitario valle, de cuyas riberas se alzan pintorescas y verdes montañas que tocan al cielo, y en cuya falda apenas se distingue alguna silenciosa cabaña ó algún humano viviente; ó elegid mas bien la alegre y pintoresca campiña, esmaltada de flores, sombreada por la arboleda, poblada de pintorescos caseríos, imágen de la naturaleza animada, donde todo sonríe y halaga los sentidos. Elevaos con la inspiración del arte á los últimos límites de la naturaleza creada, á las inaccesibles é imponentes rocas que sirven de corona á las mas altas montañas, donde ni asienta el hombre su planta, ni la vegetación florece, ni osan siquiera llegar las aves con su majestuoso vuelo; ó descended mas bien hasta las amenas playas que baña una mar tranquila, surcada por multitud de ligeros botes. Tomad, en fin, vuestro asunto en la tempestad con su sombrío é imponente celaje, ó en el hermoso día de primavera con su fresco y sereno ambiente, ó en la estación canicular que envuelve en una sonrosada atmósfera todo cuanto os rodea; y cualquiera que sea de estos asuntos el que hayais elegido, siempre hallareis en el corazón del espectador una cuerda que responda al efecto que querais producir, ya sea este el de la tristeza inspirada por el valle, ya el de la alegría que causa la campiña, ya el del terror á la vista de la escarpada peña, ya el de la dulzura en la plácida ribera, ya, en fin, el de cualquiera otro de los sentimientos que causa en el hombre la naturaleza bajo sus diferentes aspectos.

Para producir estos sorprendentes efectos, el paisajista moderno ha elevado el arte á la altura de una ciencia, la ciencia de lo *bello*; y, merced al conocimiento de sus luminosos principios, se eleva á las regiones de la idealización, y exorna y armoniza lo que ofrece á sus ojos el gran teatro de la naturaleza; no emprendiendo nunca una obra verdaderamente artística, sin haber meditado y combinado su ejecución en su conjunto y en sus detalles, en lo principal y en lo accesorio, en lo sustancial y en los accidentes. El paisajista moderno no se contenta con copiar y retratar la montaña, la arboleda, la cascada, el fondo del país ó el horizonte, á la ventura y sin consultar las reglas del *buen gusto*; sino que imprime unidad al conjunto, hace brotar de él un pensamiento, y procura que haya en su ejecución esa frescura imperceptible, ese reposo campestre, esa armonía serena, esa belleza que se siente mejor que se explica, pero cuyos secretos enseñan al par la intuición y la práctica del arte y el estu-

dio de la naturaleza. Ni ha de ser éste solo el objeto de sus tareas; pues la reproducción de los árboles y de las flores exige á su vez particular estudio, sin el cual sólo pudieran ser reproducidos de un modo grosero é imperfecto: y la representación de los animales lo reclama con mayor razón. ¿Cómo, si no, sabría un pintor trasladar al lienzo el rápido vuelo del pajarillo que cruza el espacio, el gracioso movimiento del ave que juguetea en el estanque, el tardo buey recostado en la verde pradera, el corderillo que corre presuroso en pos de su madre, la cabra que roe los pámpanos y los arbustos, el caballo que da su crin á los vientos, ó el perro que, ya sigue fiel los pasos de su amo, ya guarda con severo continente el rebaño que le está confiado? Y observaré, Señores, con este motivo, cuán unánime es entre los pintores, así antiguos como modernos, la práctica de dar cabida en sus composiciones, para amenizarlas con ellos, á estos que pudiéramos llamar humildes compañeros del hombre, con los cuales comparte muchas veces la tristeza de su soledad, y que constituyen lo que se llama la naturaleza animada.

Y vuelvo á decirlo, Señores: los artistas modernos son los que han levantado el paisaje á la altura en que lo vemos, así por el grande estudio y esmero que se pone en la interpretación de la naturaleza, como por el colorido y por la conclusión de los cuadros. No pretendo negar á los antiguos la gloria que de derecho les pertenece como maestros y como predecesores en tan difícil arte; pero es lo cierto que no fueron tan generales en sus composiciones, y que, pagando tributo á su época y siguiendo sus exigencias, dieron á sus cuadros un efecto de oscuro excesivamente recargado, que quita al paisaje la diafanidad, y le priva de ese hermoso ambiente que parece respirar á su vista, cuando las sombras no lo oscurecen demasiado: por lo que no se encuentran en ellos, aunque admirablemente tocados, y á veces con un colorido encantador, esa verdad, esa frescura, esa belleza poética que hemos admirado recientemente en las exposiciones de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de los Países-Bajos y de Prusia, cuyas naciones, en especial la Gran Bretaña, han llegado en sus sorprendentes aguadas á un punto, del que parece imposible pasar, ¡Qué bien comprendida está la naturaleza de estos cuadros! ¡Qué verdad en el aire interpuesto! ¡Qué lontananzas tan admirables! ¡Qué efectos de luz tan encantadores! ¿Quién pudiera negar esta preeminencia al paisaje moderno, si ha tenido ocasión de conocer en el extranjero las grandes obras que en nuestros días produce la inspirada imaginación de algunos eminentes artistas?

Tal es y tan prodigioso, Señores el vuelo que ha tomado este ramo del arte, que se le ve florecer simultáneamente y á porfía en las principales naciones de Europa. Id. á la vecina Francia, y allí encontrareis á Troyon, á quien no dudo apellidar el maestro de los maestros, y admiraréis extasiados sus cielos que no tienen rival. Solo su cuadro de los

Bueyes que van á la labor, magnífica expresion de poesía pastoril, con su diáfano ambiente de la mañana y sus plantas esmaltadas de rocío, iluminado por la luz del sol que despunta por el Oriente, bastaria á haber levantado su reputacion á la altura en que se encuentra. Allí vereis tambien los cuadros de Madlle. Rosa Bonheur, que pinta los animales con la verdad y la maestría que testifica la *Siega del heno*; los de Leon Belly, autor de un bellissimo paisaje de *Efecto de otoño en el crepúsculo*; los de Blanchard, Cheret, Beltel, Flers y Lambinet.

Trasladaos luego á Inglaterra y allí teneis á Holland, á Lee, á Linell, á Poole, á Roberts, á Bennett, á Callow, á Duncan, á Stamford, á Robins, á W. Hunt, á Jutsumh, á Ward y á Landseer. No intentaré citar los cuadros notables de estos pintores, porque os molestaria demasiado; pero no puedo resistir al deseo de recordar una *Vista de Rotterdam*, de Holland, otra del *Gran canal de Venecia*, por Roberts; el *Fuerte de Tilbury*, de Stamford; un *Camino en las montañas* y la *Galles del Norte*, de Linell; una *Puesta del sol*, de Duncan; las preciosas acuarelas de Callow, y los animales de Landseer. ¿Quién es capaz de señalar aquí las bellezas por que brilla en particular cada uno de estos grandes artistas? Fuera de que esforzoso reconocer que la Inglaterra imprime á todas sus producciones un sello de grandeza, de originalidad, que las distingue de todos los demas paises. Con gusto pago aquí un tributo de justicia á ese gran pueblo, proclamando que sus cuadros son altamente dignos de estudio, y nos ofrecen constante ocasion de admirar, ya su magnífica expresion ya el estudio filosófico de los asuntos, ya el buen gusto en la ejecucion, ya, en fin, la bizarria y la desenvoltura con que pintan, y extremada delicadeza con que concluyen, sus obras.

Mas allá de Inglaterra vemos tambien brillar el paisaje en las heladas regiones de Noruega. La exposicion universal de Paris nos ofreció ocasion de admirar, entre otros cuadros, uno de Gude representando unas *Montañas de la provincia de Bergen*, en que hay rica y bien entendida entonacion, hermoso efecto de luz, gran fuerza de verdad y una expresion de dulcísima y deliciosa poesía, y á la par con éste, otro paisaje lleno de gracia y muy bien estudiado, de Frich, representando un *Valle de montañas* y un *Bosque de pinos*, y otra preciosa *Vista de las inmediaciones de Christiania* (1), de Müller.

Si nos alejamos de los climas del Norte para buscar en el centro de Europa los progresos del paisaje, admiraremos en Prusia los inmejorables paises de A. Achembach, cuyo cuadro de las *Costas de Sicilia en un dia de tempestad* es de un efecto sorprendente; á Hildebrandt, autor de otro magnífico cuadro que representa el *Invierno*; al Conde de Kalkreuth, de quien se conoce una preciosa *Vista de Seculejo*, en los altos

(1) Noruega.

Pirineos (1); á Leu, á Pape, á Michelis, á Porttmann, Schmidt, Schulten, y otros cuyos paisajes son en extremo notables, particularmente unas *vistas de la Noruega*, del primero, y un *Bosque de pinos*, del segundo: cuadro éste último, mas alla del cual no se concibe llevar la expresion de la verdad y de la belleza por medio del pincel. Hallamos tambien en Bélgica á Luis Winter, autor de algunos deliciosos paisajes, entre los cuales merece mencionarse *Una postura del sol*; á Fourmois, autor de un *Efecto de mañana* no menos bello; á Van-Schendel, que entre otros cuadros ha pintado una encantadora *Vista de Rotterdam* con efecto de luna; á Roelofs, autor de otra magnífica *Vista de las Ardenas*; veremos en los Países-Bajos los hermosos cuadros de Bilders; el *Otoño* y el *Invierno*, de Koekkoek; la *Vista de un puerto de Holanda*, de Waldorp; un *Vendábal en la costa de Scheveningue*, de Meyer, y otros. Por último, la Suiza nos pondrá de manifiesto los paisajes de Butler, entre ellos la *Vista del Rhin*, en los Alpes, y el *Lago de los cuatro cantones*, ejecutado bajo diversos puntos de vista por Calame y Ulrich; una *Mañana de Otoño*, de Castan, y otros muchos que omito mencionar.

En medio del prodigioso desarrollo que ha tomado el paisaje, se presenta como una de sus mas bellas formas la *acuarela*, desconocida hasta nuestros dias, y llevada al mas alto grado de perfeccion por la Inglaterra, donde con auxilio del papel y colores de Newmans, se hacen prodigios de verdad y de poesia en cuadros de reducidas dimensiones, de que puede formarse una galeria en las hojas de cada album. Este precioso descubrimiento es uno de los que con mas justo motivo pueden en vanecer á los artistas de la presente época, porque con él se ha creado un nuevo y especialísimo género de pintura, que facilita su propagacion y su adquisicion, y que no tiene rival en lo moderno; porque ni lo es ni puede serlo la fotografia, puesto que ni existe ni puede existir rivalidad entre dos cosas de índole absolutamente distinta, y que léjos de contrariarse ni escluirse, es la una el mas poderoso auxilio de la otra. Y, en efecto, Señores, la sublime invencion de fijar de un modo permanente la reflexion de los rayos luminosos, representando la imágen del objeto refletante, en primer lugar, está fuera de la esfera de las bellas artes, porque corresponde á la de las ciencias; y en segundo, lejos de serles contraria, ha venido, por lo que respecta á la pintura, á robustecer los sólidos fundamentos en que se apoyaba, demostrando que por medio de la convergencia de las líneas y la graduacion de las tintas se representa en una superficie lo que en realidad tiene bulto, tiene profundidad y existe á diferentes distancias. Esto se sabia; esto teóricamente se explicaba hasta el punto de que practicándolo, se conseguian los apetecidos

(1) Cerca de Bagnères de Luchon.

resultados: pero la fotografía ha dicho á la pintura: «sigue procediendo «con entera seguridad en todas tus operaciones, porque lo mismo que tú «procede la naturaleza.» El pintor tiene este mayor y mejor criterio de verdad, debido á los adelantos prácticos de las ciencias físicas, que por otra parte en nada contraria el vuelo de su imaginacion, la facultad de robar á la misma naturaleza el momento mas precioso de su variable belleza, ni de trasladar al lienzo ó al papel lo que está fuera del orden material, la idea, el sentimiento, la ilimitada modificacion de los afectos y hasta lo imaginativo y fantástico. No existe, pues, esa rivalidad que vulgarmente se supone; y sí, por el contrario, resalta entre la fotografía y la pintura la completa armonía, la fraternidad que no puede menos de encontrarse entre todos los ramos del saber humano como vástagos que son de un mismo tronco, de la infinita Sabiduria.

El paisaje, Señores, no es sólo en nuestros dias un objeto de recreo; es además un arte de útiles y necesarias aplicaciones á la historia, á la literatura y á algunas profesiones sociales: y fuera harto prolija nuestra tarea si tratásemos de enumerar aquí todas y cada una de ellas. Bástenos recordar que él es quien nos da á conocer multitud de monumentos, ciudades y regiones, ya antiguas, ya modernas, de que sin él no formaríamos jamas idea; que en él tiene su más poderoso auxiliar el arte dramático, porque de él reciben animacion y vida gran parte de sus escenas; y que él es el compañero inseparable del ingeniero civil, militar y de montes, exigiéndose su conocimiento como indispensable en otras carreras.

Hé aquí, Señores, por lo que he dicho al comenzar este discurso, y repito al terminarlo, que el paisaje ha alcanzado en nuestros dias una importancia que no ha tenido en tiempos anteriores, y un interes que ponen de manifiesto sus variadas formas, su continuo uso y sus frecuentes aplicaciones. Si algo se necesitase aún para justificar este interes y esta importancia, os citaria las cátedras de paisaje que se han fundado en España, ya á costa del Gobierno, ya en establecimientos privados, donde constituye un ramo especial de la enseñanza, encomendada en algunos de ellos á hábiles y entendidos profesores.

Cuando esta enseñanza, cuya difusion es moderna entre nosotros, haya llegado, á formar un considerable número de discípulos, entónces nuestro hermoso y pintoresco suelo, cuyas bellezas permanecen en gran parte ignoradas, ofrecerá á los nuevos artistas materia inagotable de estudio y de inspiracion para sus obras; y España podrá presentar á las demas naciones en sus galerías de paisajes, á la vez que una rica muestra de los tesoros que ha prodigado en ella la naturaleza, una brillante escuela de paisajistas, á cuya cabeza figurarán los pocos, pero respetables nombres, que la ilustracion en este ramo y que de todos vosotros son conocidos. Por lo que á nosotros toca, ya que lo humilde de nuestras tareas no nos permita aspirar por nosotros mismos á tener par-

te en tan gloriosa empresa, nos cabrá al ménos de hoy en adelante la honra de unir nuestro oscuro nombre al de una Corporacion que marcha á la cabeza de los progresos artísticos, y á la que de derecho corresponde la iniciativa y la direccion superior en este género de obras. Es verdad que esta honra lleva consigo grandes deberes, y que nuestras fuerzas son harto débiles para cumplirlos; pero lo que de fuerza nos faltare, lo suplirá el celo por vuestra gloria, el amor á vuestro nombre, y más que todo la profunda gratitud por las bondades que me habeis dispensado en este dia, cuyo recuerdo quedará indeblemente grabado en mi corazón.

Insertamos con el mayor placer la siguiente inscripcion y bien escrita Oda, dirigida por nuestro amigo y paisano D. Eduardo García Frutos, Catedrático de Humanidades en Carrion de los Condes, jóven de los mas apreciables por su ilustracion y virtud, al Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Burgos.

Eminentissimo

D. D. Ferdinando de la Puente. et. Primo. de. Rivera

Archiepiscopo Burgensi

Equiti

Maxumis. Regalium. Caroli. III. Hispani

Atque. Americ. Elisabethae. Cathol. Ordinum

Stemmatibus. insignito

Regio. Senatori

SS. Dni. N. Pii. PP. IX. Pout. Max

Domestico Praelato

Atque. Sacro. Ejusdem. Pontific. Solio. praeesuli. assist.

Insigni. Sophiae. cultori. ac. Doctori

Pastori. sollicito

Qui. animam. suam. posuit. pro. ovibus. suis

Patri. pauperum. magno. Secerdoti

Qui Salmanticensi. Ecclesiae. Regundae. Praefectus. Autistes

Meruit

Immaculati. Btae. M. Virg. Conceptus. dogmati. definiendo

Romae. testis. Adesse

Quem

Ipsa. nunc. deipara. sine. labe. concepta

Praemium. virtuti. labori. solatium. coronam. merito. donatura

Sacro. purpuratorum. patrum. Collegio. adscripsit.

Eduuardus. García Frutos

Ejus. quondam. famulus. nunc. vero. Jesu. Societatis. alumnus.

Hoc. vel. exiguum

Observantiae. grati. animi. amoris. et. reverentiae. argumentum

Congratulationis ergo

D. D. D.

Carrione. prid. non. Novembr. ann. Dni. cis. is. ccc. Lxi.

ODA (1).

POR PASAR EL PUENTE...

Alza, musa feliz, alza hoy el vuelo

Hasta el cerúleo cielo,

Y allá en su ardiente y luminosa cumbre

Roba atrevida del celeste coro

Las cítaras de oro,

Y vuelve á mi vertiendo dulcedumbre.

Vuelve! y un canto inspira melodioso;

Que en el día glorioso

En que el ilustre, el noble, el gran Fernando

Junta un nuevo blason á sus blasones,

Justo es que himnos entones

Sus honores y timbres ensalzando.

(1) El testo de la oda esta tomado del escudo de las armas del Señor Cardenal, que dice: «Por pasar el puente me puse á la muerte.»

Si no te es enojoso, oh esclarecido
Príncipe, dar sido
De gratitud al eco, oye propicio
El canto agradecido que hoy entona
Mi pecho, que blasona
De haber estado un tiempo á tu servicio.

Te vió el Bétis nacer!... ¿Dó están ahora
Las aguas, que la Aurora
Del día que la luz viste serena,
Oyera deslizarse murmurando
Con tu nombre llevando
El tributo á la mar de rica arena?

El Tamesis sintió tu ilustre planta,
Y sus ojos levanta
Para verte pasar buscando ciencia;
Y te admira al volver con cuello erguido,
Al verte enriquecido
De saber y virtudes y prudencia.

Y el Bétis ya te dá nueva acogida;
Ya se vé perseguida
Tu modesta humildad de los honores:
Ya Pastor te saludan placenteras
Del Tórmes las riberas;
¡Cuán auchuroso campo á tus sudores!...

Mas tu ciencia y saber ya espera Roma;
Ya el fausto día asoma
Que ante Pio inmortal, fiel tu rodilla
Doblas, y le oyes con sin par ventura
La madre de hermosura

Aclamar siempre Virgen sin mancilla.

Sal al encuentro pueblo venturoso,

Del pastor amoroso
Que bendiciones lleva á sus ovejas;
Rejocijate, ó pueblo Salmantino...

Pero no!... Ya adivino
De donde nacen tus sentidas quejas!

No soy digno, repites humillado
De tal Padre y Prelado:

Gocen otros su amor; y de su pecho
El celo que le abrasa, se difunda
Y en otro campo cunda,
Que es corto el mio y demasiado estrecho.

Y la pátria del Cid te abrió su seno,
Y tú, de gozo lleno,
De tu primera grey las ovejuelas
Dejando á otro Pastor santo y celoso,
A la nueva gozoso
En alas del amor rápido vuelas.

¡Oh bienhadada grey mil y mil veces!
Gózate, pues mereces
De tu Pastor amante las caricias;
Mas no te enojés, no, si diere oído
Al tierno y fiel balido
De la que hizo primero sus delicias.

Y cúmplase ya en fin la profecía
Que en venturoso día
Me anunciarán el Támesis helado,
El que te vió nacer Bétis divino,
El Tórmes cristalino,
El Sena nudoso y Tibre arrebatado:

«Que la Virgen por siempre Inmaculada

La púrpura sagrada
En prenda de su amor te vestiria:
Ella así tu virtud y amor pregoná,
Tu mérito corona,
Tu celo, tu saber y tu hidalguia.»

El curso apresurad, mansas corrientes,
Pasad los firmes puentes,
Y corred de los mares al profundo,
Y buscad cuidadosas en su centro,
Y ved si hallais aun dentro
Vuestras aguas que al uno y otro mundo

El renombre llevaron de Fernando...
Decidles que *pasando*
Por el puente, camino halló á la gloria;
Decid que *no se puso*, no, á la muerte
Sino que siempre fuerte
Reportó de ella siempre la victoria.

Y tú, noble Señor, Príncipe augusto,
Si lo creyeres justo,
Admite de mi amor mil parabienes:
Y en retorno á los grandes beneficios
Que diste á mis servicios
La corona inmortal ciña tus sienes

A. M. D. G,

El Secretario de la Redaccion,
M. HERRERO.

Editor responsable, Juan Aguilera.

Salamanca. = Imp. de Diego Vazquez, calle de la Rua núm. 15.